DÍA 26

COMUNIÓN PARA LA MISIÓN

Para los maestros

El que enseña la palabra debe él mismo vivir en consciente comunión cada hora con Dios mediante la oración y el estudio de Su palabra, pues aquí está la fuente de la fuerza. La comunión con Dios impartirá a los esfuerzos del ministro un poder mayor que la influencia de su predicación. De este poder no debe permitirse ser privado. Con una fervor que no puede ser negada, debe suplicar a Dios que lo fortalezca y lo fortifique para el deber y la prueba, y que toque sus labios con fuego vivo. Demasiado débil es el agarre que los embajadores de Cristo tienen a menudo sobre las realidades eternas. Si los hombres andan con Dios, Él los esconderá en la hendidura de la Roca. Así escondidos, pueden ver a Dios, tal como Moisés lo vio. Por el poder y la luz que Él imparte, pueden comprender más y lograr más de lo que su juicio finito había parecido posible.

Los que enseñan la palabra deben ellos mismos vivir en contacto cada hora, en consciente y viva comunión con Dios. Los principios de verdad, justicia y misericordia deben estar dentro de ellos. Deben extraer de la Fuente de toda sabiduría poder moral e intelectual. Sus corazones deben estar vivos con las profundas mociones del Espíritu de Dios.

Mediante la comunión con Dios y el escudriñamiento cuidadoso de las Escrituras, el obrero debe quedar él mismo plenamente establecido antes de entrar regularmente en la obra de enseñar a otros. Juan, el discípulo amado, fue desterrado a la solitaria Patmos, para que pudiera ser separado de toda contienda, e incluso de la obra que amaba, y para que el Señor pudiera comunicarse con él y abrir ante él las escenas finales de la historia de esta tierra. Fue en el desierto donde Juan el Bautista aprendió el mensaje que debía llevar, para preparar el camino del que había de venir.

Los Hechos de los Apóstoles 362-363, Testimonios para la Iglesia 6:48, Fundamentos de la Educación 109